

Novela de ajedrez



Novela de ajedrez

Stefan Zweig

Traducción
de
Miguel A. Álvarez

 **etraherido**



Primera edición: junio de 2024
Título original: *Die Schachnovelle*
Publicado por primera vez por Editora Guanabara en 1942
© de la traducción: Miguel A. Álvarez, 2023, a partir de edición de
S. Fischer, 1959.
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2023
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001
www.editorialletraherido.com
ISBN: 978-84-128337-1-3
Depósito legal: AS 01415-2024
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.
Imagen de la cubierta: *Il giocatori di scacchi*, Alberto Martini
Impreso en España por Safekat S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

Novela de ajedrez

En el gran barco de vapor, que salía a medianoche de Nueva York con destino París, reinaba el bullicio y la agitación normales en las horas previas a la partida de un barco. Los visitantes pululaban por todas partes para despedirse de sus amigos, los telegrafistas con las gorras torcidas gritaban nombres por las salas de pasajeros, se empujaban maletas y se llevaban ramos de flores, los niños corrían curiosos escaleras arriba y abajo, mientras la orquesta tocaba imperturbable en la cubierta. Yo conversaba con un conocido un poco alejado de la algarabía, en el pasillo de cubierta, cuando dos o tres *flashes* destellaron a mi lado, aparentemente estaban entrevistando y fotografiando a algún famoso antes de la partida. Mi amigo miró y sonrió.

—Tenéis a un buen pájaro a bordo, Czentovic —y como aparentemente yo puse cara de no entender nada, él añadió—: Mirko Czentovic, el campeón del mundo. Ha recorrido América de este a oeste jugando torneos y ahora viaja a Argentina en busca de más triunfos.

Ahí yo recordé un par de cosas sobre ese joven campeón del mundo, incluidas algunas peculiaridades de su meteórica carrera, que mi amigo, un ávido lector de periódicos como yo, completó con una serie de anécdotas. Hacía poco más de un año Czentovic se había consolidado repentinamente entre los jugadores de ajedrez más prestigiosos del mundo, como Alekhine, Capablanca, Tartakower, Lasker, Bogoljubov. Desde la aparición de Reshevsky, el niño prodigio de diecisiete años, en el torneo de Nueva York de 1922, la eclosión de ningún jugador desconocido había provocado tanta excitación. Pues las características intelectuales de Czentovic no parecían predecir en modo alguno una carrera tan espectacular. Rápidamente trascendió el secreto de que en su vida privada ese gran maestro era incapaz de escribir una frase en cualquier idioma sin faltas de ortografía y como dijo un colega furioso y molesto: «Su ignorancia es absoluta en todos los campos». Hijo de un pobre barquero de origen eslavo del Danubio, Czentovic contaba doce años cuando una noche un vapor hundió el

pequeño bote de su padre, tras cuya muerte el párroco del lugar lo acogió por compasión y se esforzó mucho por enseñarle lo que el chico, de naturaleza callada y roma y de frente ancha, no aprendía en la escuela del pueblo.

Todos los esfuerzos fueron en vano. Mirko miraba siempre desconcertado los signos que le explicaban cien veces; aunque se esforzaba, a su cabeza le faltaba la capacidad de comprender incluso las lecciones más sencillas. Con catorce años, cuando tenía que calcular, todavía tenía que usar los dedos y leer un libro o un periódico significaba para el joven, que ya casi era un hombre, un esfuerzo titánico. Pero no se podía decir que Mirko no lo intentara o fuera díscolo. Hacía obedientemente lo que se le pedía, iba a buscar agua, picaba madera, trabajaba en el campo, limpiaba la cocina y cumplía cada tarea diligentemente, aunque con una lentitud desesperante. Lo que más irritaba al buen cura era la indiferencia absoluta del chico de cabeza hueca. No hacía nada sin que se lo mandaran, nunca preguntaba nada, no jugaba con los otros chicos y no buscaba ninguna actividad, si no se le ordenaba expresamente; en cuanto Mirko cumplía con las tareas de la casa, se sentaba en la habitación con la mirada vacía, como la de las ovejas en el campo, sin interesarse por lo que sucedía a su alrededor. Cuando por la noche el cura, con la pipa humeando,

jugaba sus tres partidas de ajedrez con el jefe de policía, el chico rubio se sentaba callado a su lado, miraba el tablero aparentemente somnoliento e indiferente y con los párpados caídos.

Una noche de invierno, mientras los dos amigos estaban inmersos en su partida diaria, se escuchó el sonido de las campanas de un trineo acercándose cada vez más por la calle. Un campesino entró corriendo con la gorra cubierta de nieve, su anciana madre estaba agonizando en su lecho de muerte, el cura tenía que darse prisa para darle los últimos sacramentos. El cura lo siguió sin vacilar. El jefe de policía, que todavía no había bebido su vaso de cerveza, se preparó otra pipa antes de marchar y se dispuso a ponerse las botas, cuando se dio cuenta de cómo Mirko tenía la mirada clavada en el tablero, donde la partida ya había empezado.

—Bueno, ¿quieres acabarla? —dijo de broma, completamente convencido de que el joven somnoliento no sabría mover correctamente ni un peón. El chico alzó tímidamente la mirada, luego asintió y ocupó el lugar del cura. Tras catorce movimientos el jefe de policía estaba derrotado y además tuvo que confesar que su derrota no se debía a ningún movimiento precipitado. La segunda partida no fue muy distinta.

—¡Por el burro de Balaam! —exclamó sorprendido el cura tras su regreso, explicando al jefe

de policía, poco versado en asuntos bíblicos, que un milagro similar había ocurrido hacía dos mil años, cuando un mudo de repente había empezado a hablar la lengua de la sabiduría. A pesar de la hora tardía, el cura no pudo resistirse a retar a su fámulo medio analfabeto. Mirko también lo derrotó fácilmente. Jugaba de forma incisiva y lenta, sin inmutarse, sin levantar ni una sola vez la frente que mantenía casi pegada al tablero. Pero jugaba con una seguridad incuestionable, ni el jefe de policía ni el cura fueron capaces de ganarle una partida en los días siguientes. El cura, en mejor situación que nadie para juzgar el retraso de su pupilo, ahora se moría de curiosidad por determinar la magnitud de ese talento especial. Después de ordenar al barbero del pueblo que le cortara el pelo rubio y leonado, para que estuviera algo presentable, lo montó en su trineo y lo llevó a la pequeña ciudad vecina, donde viciosos del ajedrez, con los que él sabía por experiencia propia que no podía competir, se sentaban a jugar en una mesa del café de la plaza mayor. Los habituales se sorprendieron mucho cuando el cura metió en el café al quinceañero de pelo pajizo y mejillas rubicundas ataviado con una pelliza abotonada hasta la barbilla y botas altas y gruesas; el chico se quedó en una esquina, tímido y desconcertado, con la mirada en el suelo, hasta que lo llamaron a una mesa. Mirko perdió la primera partida,

ya que nunca había visto la apertura siciliana jugando con el buen cura. En la segunda partida hizo tablas con el mejor jugador del café. A partir de la tercera derrotó a todos, uno tras otro.

Entonces sucedieron algunas cosas raras y excitantes en esa ciudad de provincias del sur. La presentación de ese campesino genial ante la reunión de notables había causado mucha sensación. Se decidió por mayoría que el joven prodigio se quedara en la ciudad hasta mañana, para que pudieran citar a los otros miembros del club de ajedrez y sobre todo informar al viejo conde Simczic, un fanático del ajedrez, que vivía en su castillo. El cura, que miraba con un orgullo y alegría nuevos a su discípulo, pero que no quería posponer por ello su servicio religioso del domingo, se declaró dispuesto a dejar allí a Mirko para una prueba más. El joven Czentovic se hospedaría en el hotel a costa del club y esa noche vio por primera vez un baño con grifo. La tarde del domingo el club estaba abarrotado. Mirko estuvo sentado cuatro horas seguidas frente al tablero, ganó, sin decir ni una palabra, sin levantar la mirada, a un jugador tras otro; finalmente se jugó una simultánea. Pasó un buen rato antes de que hicieron comprender al no iniciado que en una simultánea él tenía que jugar solo contra todos los demás jugadores. Pero en cuanto Mirko comprendió esa modalidad se puso rápidamente ma-

nos a la obra y caminó pesadamente, arrastrando los pies, de mesa en mesa y al final ganó siete de las ocho partidas.

Ahí tuvieron lugar deliberaciones sesudas. A pesar de que ese nuevo campeón no era de la ciudad en sentido estricto, el orgullo local se había avivado fuertemente. Quizás al final la pequeña ciudad, cuya presencia en el mapa nadie había percibido hasta entonces, tendría el honor de dar por primera vez un hombre famoso al mundo. Un agente de nombre Koller, que normalmente proporcionaba actrices y cantantes para el cabaret de la guarnición, se presentó voluntario, siempre y cuando le cubrieran los gastos de un año, para llevar al joven a Viena y encargarse de que le diera clases un destacado maestro en el arte del ajedrez a quien conocía. El conde Simczic, que en sus sesenta años de jugar diariamente al ajedrez no se había enfrentado a un rival tan extraordinario, firmó inmediatamente el cheque. Ese día empezó la sorprendente carrera del hijo del barquero.

Medio año después Mirko dominaba todos los secretos del ajedrez, pero con una singular limitación, que posteriormente se comentó mucho y sobre la que se hicieron muchas bromas en los círculos ajedrecísticos. Pues Czentovic no era capaz de jugar de memoria una sola partida —o como se decía entre los entendidos: a la ciega—. Carecía completamente de la

capacidad de imaginarse el tablero en el ilimitado espacio de la fantasía. Él debía tener siempre delante las sesenta y cuatro casillas blancas y negras; cuando era mundialmente famoso todavía llevaba consigo un ajedrez de viaje, por si quería repasar una partida famosa o resolver una composición, para poder ver las piezas con sus propios ojos. Ese defecto insignificante en sí mismo traicionaba una falta de capacidad figurativa y en los círculos de expertos se discutía apasionadamente sobre él, como cuando entre músicos un virtuoso excepcional o un director es incapaz de tocar o dirigir sin la partitura ante él. Pero esa curiosa característica no retrasó en modo alguno el veloz ascenso de Mirko. Con diecisiete años ya había ganado una docena de torneos, con dieciocho el Campeonato Húngaro, con veinte finalmente el Campeonato del Mundo. Los campeones más audaces, todos ellos muy superiores en capacidad intelectual, fantasía y valor, se rindieron a su lógica fría y despiadada, como Napoleón al grave Kutuzov, como Aníbal a Fabio Cunctator, de quien Tito Livio dice que en su infancia también había mostrado rasgos de flema e imbecilidad. Así fue como un extranjero del mundo intelectual, un campesino grave y silencioso, a quien ni los periodistas más insistentes podían arrancarle una palabra que pudieran usar con fines propagandísticos, entró por primera vez en el círculo de grandes maestros ilustres, que alberga-

ba a todo tipo de sabios e intelectuales —filósofos, matemáticos, naturalezas imaginativas, calculadoras y a menudo artísticas—. Pero Czentovic compensó rápidamente la falta de sentencias floridas a los periódicos con anécdotas sobre su persona. Pues en el momento en que se levantaba del tablero, donde era un maestro sin igual, Czentovic se convertía inevitablemente en una figura grotesca y casi cómica; a pesar de su traje negro y solemne, su corbata pomposa con el alfiler algo ostentoso y sus dedos cuidadosamente manicurados, seguía siendo en su comportamiento y maneras el mismo campesino limitado, que en el pueblo barría la casa del cura. Torpe y además desvergonzadamente romo, a pesar de las burlas y la indignación de sus colegas, intentaba extraer todo el dinero que podía de su talento y fama, revelando una avaricia ordinaria y casi ruin. Viajaba de ciudad en ciudad, hospedándose siempre en los hoteles más baratos, jugaba en los clubes más malos, con tal de que le pagaran sus honorarios, dejaba que lo retrataran y lo utilizaran como reclamo e incluso vendió su nombre para una *Filosofía del Ajedrez*, sin importarle la opinión de sus rivales, que sabían perfectamente que era incapaz de escribir tres frases correctamente, que en realidad había escrito un estudiante de Galicia para un editor espabilado. Como a todas las naturalezas incisivas le faltaba sentido del humor, desde su victoria

en el campeonato del mundo se creía el hombre más importante del mundo y la consciencia de haber bati-do a todos esos oradores y escritores brillantes, inte-lectuales y hombres destacados en su propio terreno y sobre todo el hecho incontestable de ganar más que ellos transformó la inseguridad inicial en un orgullo frío, mayormente discreto y de cara a la galería.

—¿Pero cómo no iba a nublar una fama tan rápida una cabeza tan vacía? —dijo mi amigo, que me proporcionó una prueba típica de la prepotencia infantil de Czentovic—. ¿Cómo no iba a volverse loco de vanidad un campesino de veintiún años de Banat, si moviendo unas figuras sobre un tablero de madera gana más en una semana que todo su pueblo en un año talando árboles y trabajando duro? ¿Y no es endiabladamente fácil considerarse un gran hombre cuando uno no tiene ni idea de la existencia de Rembrandt, Beethoven, Dante o Napoleón? Ese joven, con la cabeza cerrada a cal y canto, solo sabe que no ha perdido ninguna partida en meses y como no tiene ni idea de que en este mundo hay otras cosas además del ajedrez y el dinero tiene razones para sentirse endiosado.

Esa información de mi amigo no dejó de excitar mi curiosidad. Siempre me han atraído todo tipo de personas monomaniacas, poseídas por una sola idea, pues cuanto más se encierra uno, más cerca está del

infinito; precisamente esas personas aparentemente aisladas construyen con esfuerzo un mundo en miniatura, extraordinario y único, en su campo particular. Así que durante los doce días de travesía hasta Río me dispuse a estudiar de cerca a ese espécimen que estaba dotado intelectualmente solo para una cosa.

—No tendrás suerte —me advirtió, sin embargo, mi amigo—. Por lo que yo sé nadie ha conseguido sacar el mínimo material psicológico de Czentovic. Detrás de su aislamiento impenetrable ese campesino astuto esconde la sabiduría inmensa de no mostrar su talón de Aquiles, gracias a la técnica simple de evitar cualquier conversación, excepto la de los paisanos de su propia esfera, que busca en pequeñas pensiones. Cuando intuye a una persona educada, se mete dentro de su concha, así que nadie puede presumir de haberlo oído decir ninguna tontería o de haber medido la profundidad supuestamente abisal de su ignorancia.

De hecho mi amigo estaba en lo cierto. Durante el primer día de travesía resultó absolutamente imposible acercarse a Czentovic sin resultar impertinente, que no es mi estilo. A veces él paseaba por la cubierta, siempre con las manos entrelazadas en la espalda y ese aire de orgullo personal, como Napoleón en el famoso cuadro; pero siempre daba su vuelta peripatética por cubierta con mucha prisa, como a trompicones, casi se hubiera creído que iba al trote,